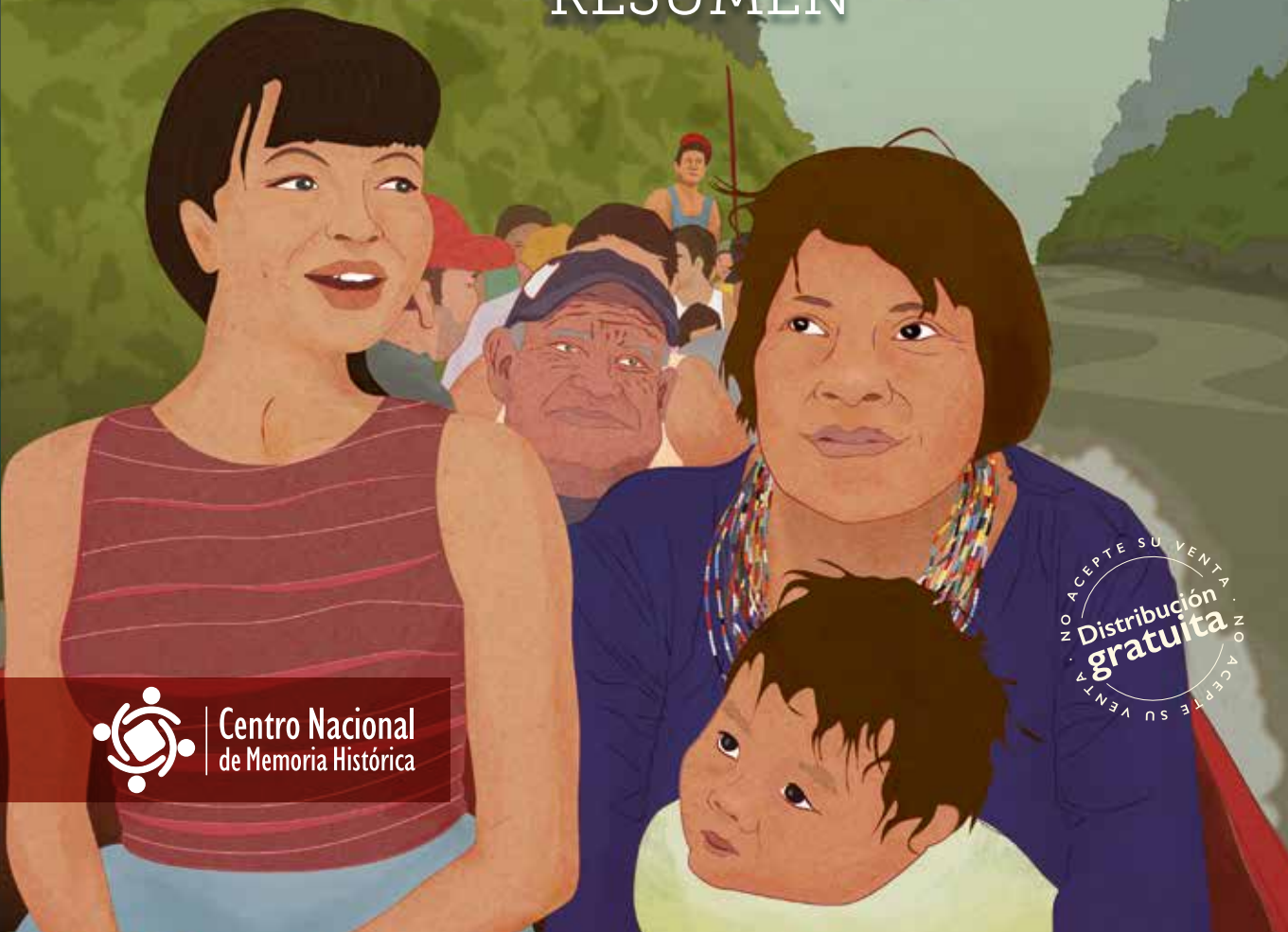


# CATATUMBO

MEMORIAS DE VIDA Y DIGNIDAD

RESUMEN



Centro Nacional  
de Memoria Histórica

NO ACEPTE SU VENTA · NO ACEPTE SU VENTA · NO ACEPTE SU VENTA  
Distribución  
gratuita



**CATATUMBO**  
MEMORIAS DE VIDA Y DIGNIDAD





# CATATUMBO

MEMORIAS DE VIDA Y DIGNIDAD

RESUMEN



Centro Nacional  
de Memoria Histórica

**CATATUMBO: MEMORIAS DE VIDA Y DIGNIDAD  
RESUMEN**

Maria Fernanda Pérez Trujillo

**COORDINADORA E INVESTIGADORA**

Jaime Landínez Aceros

**RELATOR E INVESTIGADOR**

José Rodríguez Vaca

**INVESTIGADOR REGIONAL**

---

**CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA**

Gonzalo Sánchez Gómez

**DIRECTOR GENERAL**

Camila Medina Arbeláez

**DIRECCIÓN PARA LA CONSTRUCCIÓN  
DE LA MEMORIA HISTÓRICA**

## CATATUMBO: MEMORIAS DE VIDA Y DIGNIDAD

### RESUMEN

ISBN: 978-958-5500-28-0

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2018.

NÚMERO DE PÁGINAS: 92

FORMATO: 18 x 23 cm.

#### LIDER ESTRATEGIA DE COMUNICACIONES

Adriana Correa Mazuera

#### COORDINACIÓN EDITORIAL

Diana Gamba Buitrago

#### EDICIÓN Y CORRECCIÓN DE ESTILO

María del Pilar Hernández Moreno

#### DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Diana Castro Hernández

#### APOYO GRÁFICO

Leidy Sánchez Jiménez

#### ILUSTRACIONES

Portada: © Diana Castro/CNMH

Internas: © Diana Castro/CNMH

#### IMPRESIÓN

Panamericana Formas e Impresos S.A.

© Centro Nacional de Memoria Histórica

Calle 35 N.º 5-81

PBX: (571) 796 5060

comunicaciones@centrodememoriahistorica.gov.co

www.centrodememoriahistorica.gov.co

Bogotá D.C. – Colombia

Impreso en Colombia. *Printed in Colombia*

Queda hecho el depósito legal.

#### CÓMO CITAR

Centro Nacional de Memoria Histórica (2018), *Catatumbo: memorias de vida y dignidad. Resumen*, Bogotá, CNMH.

Este informe es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente o, en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica como titular de los derechos morales y patrimoniales de esta publicación.

Catatumbo : memorias de vida y dignidad. Resumen / Centro Nacional de Memoria Histórica [y otros] ; ilustración Diana Castro Hernández. -- Bogotá : Centro Nacional de Memoria Histórica, 2018.

92 páginas : mapas ; 23 cm. -- (Catatumbo: memorias de vida y dignidad)

ISBN: 978-958-5500-28-0

1. Conflicto armado - Catatumbo (Región, Colombia) 2. Violencia - Catatumbo (Región, Colombia) 3. Memoria histórica - Catatumbo (Región, Colombia) 4. Memoria colectiva - Catatumbo (Región, Colombia) I. Castro Hernández, Diana, ilustradora II. Centro Nacional de Memoria Histórica, autor III. Serie.

303.60986 cd 21 ed.

A1613888

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

# CONTENIDO

<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	<b>11</b>
<b>1. PRIMEROS HITOS DE MEMORIA DEL CONFLICTO</b> .....	<b>17</b>
<b>2. SOMOS DE TIERRA, MADERA Y AGUA</b> .....	<b>25</b>
<b>3. LA LARGA HISTORIA DE LAS GUERRILLAS</b> .....	<b>37</b>
<b>4. PARAMILITARISMO: VIOLENCIA SIN PRECEDENTES</b> .....	<b>47</b>
<b>5. EL PASADO Y EL PRESENTE DE LA COCA</b> .....	<b>59</b>
<b>6. PERSISTENCIAS, RECONFIGURACIONES Y DISPUTAS</b> .....	<b>69</b>
<b>7. REFLEXIONES FINALES Y RECOMENDACIONES</b> .....	<b>81</b>
<b>8. REFERENCIAS</b> .....	<b>87</b>







# CATATUMBO

## CONVENCIONES

- Cabecera municipal
- Resguardo Motilón Barí
- Resguardo Catalaura-La Gabarra



Cesar

Venezuela



Mapa de la región del Catatumbo, resguardos Barí y zonificación (bajo, medio y alto Catatumbo).





# INTRODUCCIÓN

El Catatumbo es una región ubicada al norte del departamento de Norte de Santander conformada por los municipios de Tibú, Sardinata, El Tarra, San Calixto, Hacarí, La Playa, Teorama, Convención, El Carmen y Ocaña, y alberga los resguardos Motilón Barí y Catalaura-La Gabarra, donde habita el pueblo indígena Barí.

Entre 2016 y 2018, el Centro Nacional de Memoria Histórica, por iniciativa de la Diócesis de Tibú y con la decidida colaboración de distintas organizaciones de la región y del país, desarrolló junto a campesinos, campesinas, indígenas Barí y demás habitantes un proceso de reconstrucción de memoria histórica sobre el conflicto armado en nuestra región que, centrándose en nuestras voces, vivencias y recuerdos, buscó identificar las distintas violencias que hemos vivido, sus causas, manifestaciones y efectos, y las diversas maneras como les hemos hecho frente individual y colectivamente.

Para ello, se desarrolló una estrategia de comunicación y de formación en radio y fotografía con jóvenes, se realizaron diálogos por la memoria y un foro público y se apoyó la reconstrucción de memoria ancestral del Pueblo Barí. Así mismo, muchos de nosotros participamos en talleres de memoria, recorridos por el territorio y entrevistas individuales y grupales que se realizaron en todos los municipios de esta parte del país.

Para muchos, hacer memoria es un proceso sanador que nos ayuda a comprender quiénes somos, a dignificar a las víctimas del conflicto y a aprender de lo que nos ha pasado para trabajar conjuntamente, para que no vuelva a pasar. Aunque en muchos casos nos reviven dolores y tristezas, hacer memoria también nos permite darnos cuenta de que han sido muchas las personas que han sufrido a causa de la violencia, que no estamos solos, y que además podemos aportar para que las cosas cambien en nuestro territorio.

Como se muestra en este texto, el proceso de reconstrucción de memoria identificó tres tensiones que ayudan a entender lo que ha pasado en el Catatumbo: somos una región con una gran riqueza natural, pero muchas personas vivimos en situación de marginamiento. Eso lo explicamos porque la acción del Estado aquí ha sido débil y se ha concentrado más en lo militar y menos en suplir los bienes y servicios básicos. Ante ese panorama, nos hemos organizado y trabajado comunitariamente desde hace muchos años, generando ideas y propuestas sobre nuestro territorio, aunque por eso muchas veces nos violenten y no seamos reconocidos.

Por último, sobre nosotros han recaído históricamente distintos estigmas que nos han vulnerado de muchas maneras y han justificado diferentes acciones de violencia, todo lo cual se mantiene en el presente.

Invitamos a las personas del Catatumbo y del país a acercarse a este tejido elaborado entre muchas personas sobre la vida, la violencia y nuestras resistencias, que recoge voces y esperanzas de catatumberos y catatumberas, para que construyamos conjuntamente la paz con dignidad que tanto anhelamos.












 Ilustración basada en una fotografía presentada en el libro *Petróleo y protesta obrera, la USO y los trabajadores petroleros en Colombia. En tiempos de Ecopetrol (2009)*. \*



# PRIMEROS HITOS DE MEMORIA DEL CONFLICTO

Cuando nos preguntan por los inicios de la violencia en la región, muchos de nosotros decimos que empezó desde los primeros años del siglo XX, cuando se instaló en el Catatumbo la explotación de petróleo. En ese momento, el Estado colombiano le concedió primero al general Virgilio Barco (padre del expresidente), y luego a las empresas norteamericanas Colpet (Colombian Petroleum Company) y Sagoc (South American Gulf Oil Company), los derechos para explotar y transportar el crudo. Y eso transformó a esta zona, sobre todo lo que conocemos hoy como los municipios de Tibú y El Tarra, dejando efectos que aún se mantienen, en los indígenas Barí, habitantes ancestrales de este territorio.

Por eso, para empezar a contarles lo que recordamos sobre la historia de todas las violencias que hemos vivido, tenemos que empezar por hablar de esos primeros habitantes del Catatumbo, los Barí, y la manera como la industria petrolera, con visto bueno del Estado colombiano, les arrinconó, les arrebató una gran parte de su territorio y asesinó a muchos de ellos. Sin embargo, los Barí ubican mucho antes los inicios de la violencia en su contra, en los años de la Conquista española.

Así es como nos lo han contado los Barí, quienes han guardado los recuerdos de toda esa violencia por muchos años y los han transmitido, desde los mayores hasta los más jóvenes:

Somos un pueblo indígena binacional (Colombia-Venezuela), hijos del padre creador Sabaseba, quien nos encargó habitar y cuidar la Ishtana, el territorio, que está compuesto por las personas, los animales, las plantas, la tierra, los espíritus. Como decimos nosotros, la Ishtana es nuestra otra mitad, el origen del hoy y la construcción del mañana. Tradicionalmente hemos habitado en bohíos o casas comunales que nos recuerdan la forma de una piña, que en nuestra ley de origen representan el lugar de donde provenimos. Nuestras comunidades están encabezadas por un cacique o ñatubai, encargado de las actividades de subsistencia como la cacería, la pesca y las actividades culturales.



Todo este equilibrio se ha venido rompiendo para nosotros, incluso desde mucho antes de la entrada de las empresas petroleras a nuestro territorio. Para los Barí, uno de los conflictos que recordamos fue el que iniciaron los intrusos venidos por el mar, los conquistadores españoles, que llegaron a fundar poblados y a extraer las riquezas presentes en nuestro territorio; con ellos, vinieron personas que buscaron evangelizarnos, las misiones religiosas, que querían imponernos su idioma y sus dioses, que nos olvidáramos de quienes éramos. Ante semejante situación, durante esos años los Barí defendimos nuestra vida y nuestra Ishtana con flechas, guiados por los consejos que nos dejó Sabaseba de cuidar nuestro mundo, siempre manteniendo la alegría.

Luego tuvimos que sobrevivir al chiractoidracan, el genocidio que provocó en nuestro pueblo la explotación de petróleo. Tuvimos que ver cómo se abría la selva para que pasaran carreteras, cómo se construían pistas de aterrizaje para aviones y se instalaban balancines y tubos para sacar y transportar kua, el petróleo. Empezaron a llegar personas de otras partes a trabajar en el petróleo, y poco a poco fueron creando poblados, instalándose cerca de los ríos, carreteras y de nuestros bohíos, arrebatándonos de ese modo nuestro territorio. De un momento a otro, los Barí pasamos de ser los hijos de esta tierra a ser vistos como intrusos e indeseables.

Por eso Ishtana y nosotros, quienes la habitamos, fuimos atacados constantemente. Personas de las empresas petroleras, policías y soldados nos perseguían y tenían la orden de asesinarnos. Muchos de nosotros tuvimos que desplazarnos, fueron destruidas nueve comunidades indígenas, eliminaron muchos de nuestros bohíos y asesinaron a varios de los mejores guerreros Barí. Nosotros, nuevamente, tuvimos que defendernos con la flecha.

Como lo mencionó uno de nuestros líderes: “La guerra del petróleo nos llevó a que nos disminuyeran tanto en territorio como en la población Barí como tal. De dieciséis mil viviendas que eran, solo quedamos ochocientas. Hoy en la actualidad somos solo setecientas”. La guerra del petróleo transformó para siempre nuestro equilibrio como pueblo. Nos arrebató gran parte de nuestro territorio, como se puede observar en el mapa presentado a continuación, violentó a los seres espirituales del aire, el agua y la tierra, nuestros lugares sagrados y a plantas y animales.

Por la industria petrolera llegaron muchas personas a habitar lo que hoy son los municipios de Tibú y El Tarra. Esos primeros pobladores fueron trabajadores del petróleo que decidieron quedarse a hacer vida en la región, mientras otros eran personas que se instalaron aquí porque vieron las oportunidades laborales que se presentaban. Otros, en cambio, eran campesinos que fueron expulsados de sus lugares de origen por causa de la violencia bipartidista o porque no tenían un pedazo de tierra para cultivar.

Colombia

Lago de Maracaibo

1900

1950

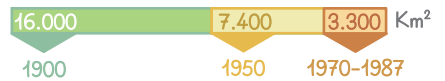
1987

Venezuela

Región del  
Catatumbo



## Extensión Territorio Barí



- Resguardo Motilón Barí
- Resguardo Catalaura-La Gabarra
- Comunidades Barí actuales
- Bohíos ancestrales

Mapa de pérdida de territorio ancestral Barí. Reconstruido con datos de ÑatubaiyiBarí.

Aunque en un primer momento las empresas petroleras les prohibieron hacer vida en estas tierras, la gente se fue quedando, conformó familias y barrios, y las empresas tuvieron que asumir, aunque de forma precaria, su salud, educación y otros servicios básicos.

Eso fue así porque durante los años cuarenta, cincuenta y sesenta, en la zona baja del Catatumbo la gente no tenía cómo acceder a los bienes y a los servicios del Estado; esta era una región alejada de los principales centros urbanos que era vista solo por su importancia en la extracción de recursos, y por eso la presencia del Estado estaba dirigida únicamente a cuidar a las empresas petroleras y a sus beneficiarios, prestando muy poca atención a quienes habitaban allá. Desde ese momento, muchas personas han sentido que el Estado está presente en la región cuando se trata de la explotación de recursos naturales, dejando de lado el bienestar de la gente, sin ofrecerle garantías para disfrutar de vías en buen estado y sus derechos a la educación, la salud y el trabajo.

Las vías y puentes que construyó la empresa petrolera fueron los únicos medios de comunicación en esos años, y en la zona del bajo Catatumbo todavía continúan siéndolo. Incluso, la instalación de todo ese trazado de tubos y campos petroleros le dio nombre a muchos barrios, veredas y poblados de la región, como los casos de Petróleá, Campo Dos, Kilómetro 60, en Tibú, entre otros; para quienes vivimos en el alto Catatumbo eso no ocurrió así, porque la explotación de petróleo se ha concentrado principalmente en la zona baja de la región.











# SOMOS DE TIERRA, MADERA Y AGUA

Indígenas Barí, campesinos, campesinas y demás habitantes del Catatumbo sentimos mucho arraigo por este territorio donde vivimos. El Catatumbo es una región rica y con mucha diversidad: tenemos diferentes tipos de tierra y climas, que van desde las planicies de Tibú hasta las exuberantes montañas de San Calixto, Hacarí y Teorama. Además, contamos con muchas fuentes hídricas, la mayoría de las cuales cae a la cuenca del río Catatumbo, que va a desembocar en el lago Maracaibo en Venezuela, muchos animales silvestres y domésticos y diferentes plantas muy bonitas y cultivos que crecen por todas partes. Como dijo un señor de Hacarí una vez: “En cualquier parte donde haya tierra y caiga agua, crecen matas”.

Muchos de nosotros recordamos, y le hemos oído a nuestras abuelas y abuelos, que durante los años sesenta, setenta y

ochenta esta región era una despensa alimentaria para el país, todo el Catatumbo producía comida. Por la diversidad de tierras, climas y costumbres de la gente, en esos años cultivábamos yuca, maíz, plátano, cacao, frutales, frijol, café, arveja, cebolla, caña panelera, arroz, entre otros; además, se daba mucho la pesca y sacábamos peces muy grandes, muy bonitos, unos paletones, rampuches y marianas que a veces hasta se regalaban a los vecinos por la abundancia que había.

De esa época también nos acordamos de las fiestas y actividades culturales que realizábamos, que mantenían unidas a las comunidades y nos alegraban la vida. Celebrábamos las festividades religiosas, especialmente las novenas de Navidad y la fiesta de los santos patronos. Además, había reinados de la ganadería, del cacao y otros productos agrícolas, como el que se hacía durante la fiesta del campesino en La Gabarra y en otras partes. En esos años hacíamos fiestas y parrandas en los pueblos y veredas y se tocaban la guitarra, el tiple, el acordeón y la bandola, se hacían coplas y se bailaba la machetilla, un ritmo musical parecido a la carranga que nos gusta mucho y que aún hoy interpretamos y disfrutamos en el Catatumbo, sobre todo en las zonas media y alta. Los Barí también hacían sus actividades ancestrales como el canto, tiro al arco, competencias de nado y cacería, entre otros.

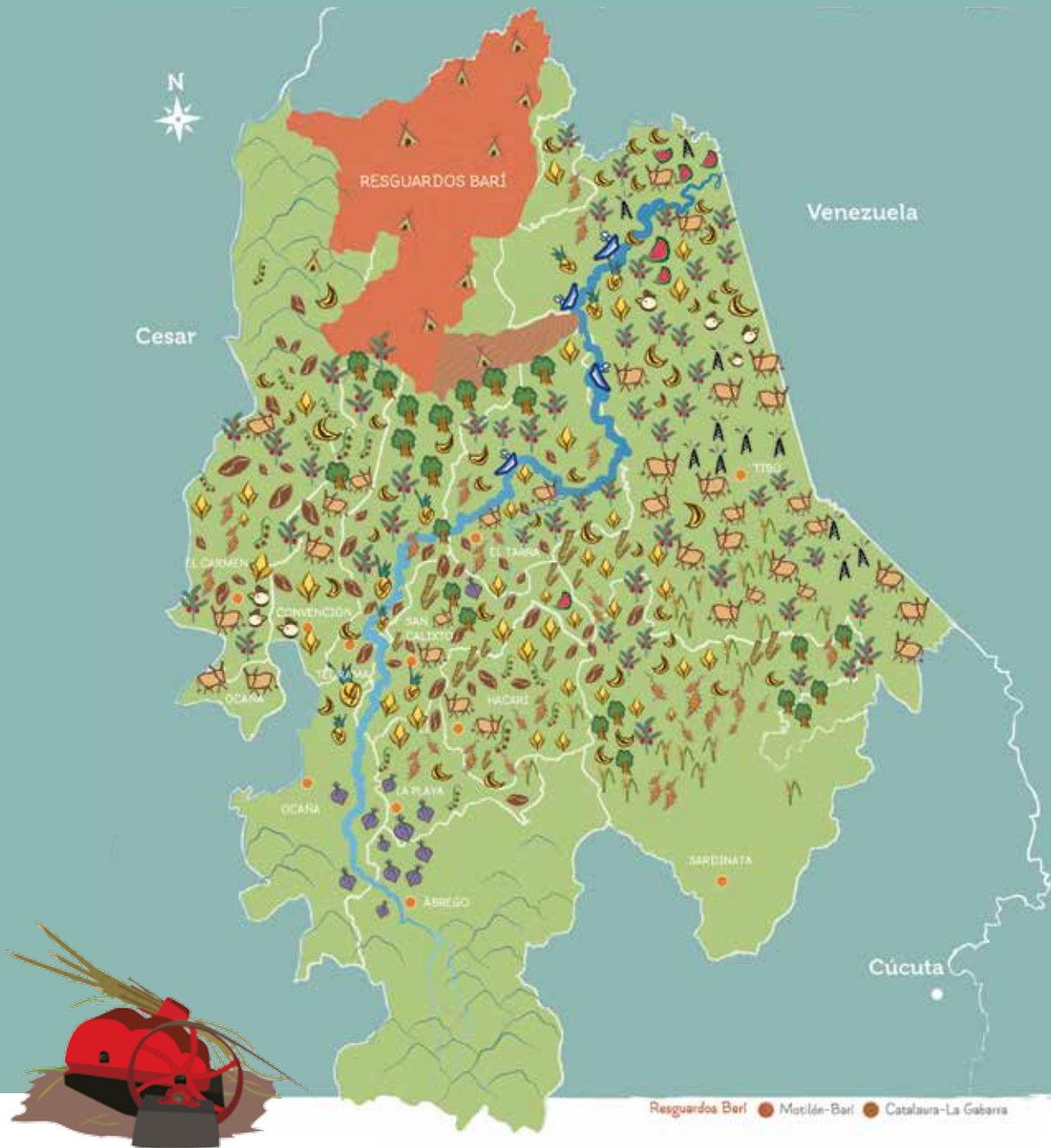
Todo esto pasaba en medio de unas condiciones de vida que eran muy difíciles. La gran mayoría de personas de esta región, pero especialmente aquellas de las zonas rurales apartadas de los pueblos, vivía en situaciones de mucha precariedad: no había luz eléctrica ni acceso a salud y educación; las poquitas vías que





















📷 Agrupación de machetilla en el municipio de El Tarra (s. f.). Fotografía cortesía de Alirio Antonio García, El Tarra. Archivo personal.

había se encontraban en condiciones lamentables, y aunque producíamos mucha comida para alimentarnos y comercializar, no teníamos cómo transportarla en buenas condiciones a los mercados de Ocaña, Convención, Tibú y Cúcuta, y muchas veces nos pagaban muy mal todo el esfuerzo que habíamos invertido en nuestros cultivos. Durante esos años, se vivía en condiciones de extrema pobreza. Y aunque en los principales centros poblados existían profesores nombrados oficialmente, se contaba con inspector de policía o corregidor o existía la Caja Agraria. Para esos años, como dijo una señora de La Gabarra, “el Estado poco se asomaba por aquí”.



## ¿Qué se producía entre 1965-1990?

- |                                                                                              |                                                                                               |                                                                                             |                                                                                               |
|----------------------------------------------------------------------------------------------|-----------------------------------------------------------------------------------------------|---------------------------------------------------------------------------------------------|-----------------------------------------------------------------------------------------------|
|  Madera   |  Piña      |  Maíz    |  Yuca    |
|  Petróleo |  Pesca     |  Caña    |  Plátano |
|  Frutales |  Ganadería |  Café    |  Arroz   |
|  Gallinas |  Frijol    |  Cebolla |  Cacao   |

Mapa productivo de nuestra región en el periodo 1965-1990, cuando cultivábamos abundante comida.

Fuente: ejercicios de cartografía social y entrevistas.

Esas difíciles condiciones de precariedad y marginamiento, en medio de la abundancia y la riqueza de esta región, nos empujaron a indígenas Barí, campesinos, campesinas y otros habitantes a organizarnos y trabajar de manera colectiva para que se reconociera que existíamos y para proponer y construir entre nosotros las acciones que nos permitieran vivir una vida digna.

Aunque las personas de la región organizaron convites, comités de colonos y juntas campesinas para resolver sus problemas en los años cuarenta y cincuenta, desde su creación en 1959 fueron las JAC (**juntas de acción comunal**) la primera y más importante forma de organización campesina que recordamos los habitantes del Catatumbo. Ya en los primeros años de los sesenta surgieron las primeras JAC, y poco a poco se fueron extendiendo hasta convertirse, incluso hoy en día, en el corazón de la organización social del Catatumbo.

Fundamentalmente, las JAC se centraron en trabajar en las necesidades más sentidas de las comunidades, tales como el arreglo de escuelas, construcción de puentes y mejoramiento de vías y caminos, y además fueron el espacio para encontrarnos, compartir y desarrollar actividades de recreación y deporte entre vecinos. Poco a poco fueron integrando otras actividades que debían atenderse para continuar impulsando el bienestar de las comunidades. Como ya lo mencionamos, en esos momentos uno de los problemas más serios que enfrentábamos en el campo era la dificultad, y en muchos casos la imposibilidad, de comercializar nuestros productos de pancoger en condiciones justas.

Por eso, en muchas veredas, corregimientos y municipios del Catatumbo, las JAC impulsaron la creación de **tiendas comunitarias** que, a partir de los aportes de los pobladores, buscaban hacerle frente a la especulación en los precios de los productos de la canasta básica, el abastecimiento de alimentos e insumos en zonas alejadas de los cascos urbanos y el transporte y comercialización de nuestra producción hacia los principales mercados. En poco tiempo, las tiendas se extendieron por toda la región, al punto de que a principios de los años ochenta prácticamente en cada vereda teníamos una.

A esta experiencia se sumó la creación de las **cooperativas** que, integrando el trabajo de las tiendas comunitarias, se proponían además comprar, acopiar, comercializar y, en algunos casos, transformar la producción agropecuaria de la gente del campo; al mismo tiempo, algunas buscaron complementarsulaborprestando servicios de ahorro y crédito a sus asociados, reinvertiendo en ellos los intereses y demás ganancias, por lo que se convirtieron en cooperativas multiactivas. Con el apoyo, en algunos casos, de la Iglesia católica, organizaciones internacionales y el Plan Nacional de Rehabilitación, poco a poco fuimos conformando una verdadera red de cooperativas, un movimiento cooperativo, al que se sumó también el Pueblo Barí.

Una de esas experiencias que recordamos en el Catatumbo con mayor orgullo es Coomultar (Cooperativa Multiactiva de El Tarra), creada en 1978, que se convirtió en un referente para la región; la Coobarí (Cooperativa Multiactiva Motilón Barí) es otro proceso que nos viene a la memoria, porque a partir



Logo de Coomultar, referente para muchos de nosotros en el tema de las cooperativas.  
Fuente: Asociación Minga.

de 1984 se basó en un trabajo mancomunado entre los Barí y campesinos y colonos que habitaban cerca a sus resguardos. En esos años, además, se crearon los resguardos Catalaura-La Gabarra (1981) y Motilón Barí (1988), un paso muy importante para garantizar a los Barí su territorio y vida como pueblo.

Durante estos años, también existieron otras formas de organización: la ANUC (Asociación Nacional de Usuarios Campesinos), los sindicatos de trabajadores petroleros (primero Sidelca y luego la USO) y de educadores (Asinort), el movimiento cívico popular, así como los movimientos políticos A Luchar, Frente Popular y Unión Patriótica, por nombrar solo los más recordados.

Todo este contexto nos llevó a que, en 1985, las JAC convocáramos la primera Marcha Campesina, donde exigimos nuestros derechos ante las duras condiciones en que vivíamos. Viéndolo desde hoy, esas primeras marchas fueron un calentamiento para el Paro del Nororiente, una gran movilización que se desarrolló entre el 6 y 11 de junio de 1987, a la cual nos unimos aproximadamente 30.000 personas del Catatumbo y que muchos vemos como el hito más importante de movilización social en la región.





📷 Ilustración basada en fotografía: Movilización en Ocaña durante el Paro del Nororiente.  
Cortesía de Aurora Vega, Ocaña. Archivo personal.



Ilustración basada en la foto del periódico de Sidelca, del archivo de la USO (2009).

Para entonces, nos reunimos por veredas y corregimientos, definimos nuestras necesidades y construimos un pliego de peticiones que incluía cuestiones como acceso a acueducto, alcantarillado, vías, electrificación, escuelas y salud. Con eso presente, nos movilizamos desde pueblos y veredas de todo el Catatumbo hacia Cúcuta, Tibú y Ocaña.

Esta gran movilización mostró nuestras condiciones de vida, formó el liderazgo de muchas personas y logró el cumplimiento de diversos puntos del pliego de peticiones, aunque varios continúan en el presente, sin ser atendidos. Luego hubo otras movilizaciones, como las marchas del año 88, pero poco a poco nos fuimos dando cuenta de que estábamos en riesgo, porque a esas grandes manifestaciones le siguieron el miedo, la muerte y el silenciamiento.

Fueron años de represión, así los evocamos. Muchos líderes y lideresas visibles de las marchas, de los sindicatos y de los movimientos políticos fueron amenazados, torturados y asesinados; otros fueron detenidos y ante ese panorama optaron por desplazarse. Perdíamos años de planeación, trabajo y formación cada vez que uno de ellos se veía obligado a callar su voz, y el movimiento social que habíamos construido se iba debilitando.

El miedo se apoderó de muchos de nosotros. Para esos años, finales de los ochenta, estaban surgiendo los primeros grupos de autodefensa, que algunos llamaban “escuadrones de la muerte”, y que contaron con la complicidad y participación de miembros de organismos de inteligencia del Estado. Tuvieron distintos nombres, como la SAO (Sociedad de Amigos de Ocaña), la Mano Negra, Rambo, Muerte a Comunistas, entre otros, e inicialmente llegaron a Ocaña y Tibú, y desde allí se fueron extendiendo por toda la región. Algunos asociamos a estos grupos con los orígenes del paramilitarismo en el Catatumbo.

Uno de los motivos por los que supuestamente surgieron esos escuadrones fue porque, para esos años, esta era una región donde ya estaban las guerrillas del ELN, el EPL y las FARC. Por ese motivo, ya desde los ochenta el Catatumbo fue considerado “zona roja”, y se decía que nosotros, las personas que nos organizábamos, lo hacíamos como parte de un plan de las guerrillas, lo que le quitaba autonomía y dignidad a nuestro trabajo.











# LA LARGA HISTORIA DE LAS GUERRILLAS

Así como para los Barí la violencia empezó con la llegada de los conquistadores españoles, y para otros lo hizo con la instauración de las empresas petroleras, para muchas personas que vivimos en esta región la violencia inició con la llegada de las guerrillas, que han estado en el Catatumbo desde finales de los años setenta. Muchos todavía nos acordamos de la toma guerrillera que hizo el ELN en Convención, el 31 de enero de 1979, y la presencia esporádica del EPL en los municipios de Teorama, San Calixto y Hacarí a principios de los años ochenta. Por eso, sabemos que el ELN y el EPL son las primeras guerrillas en instalarse en esta región, y a mediados de los años ochenta se les unieron las FARC, que inicialmente se localizaron en la zona baja del Catatumbo. Con el paso de los años, estas tres guerrillas se fueron expandiendo por toda la zona, y llegaron a muchas veredas y pueblos conjuntamente.

Durante esos primeros años, muchas personas sintieron proximidad y hasta les dieron alguna legitimidad a las guerrillas en sus pueblos y veredas. Eso se debió a que, sobre todo en las zonas rurales más apartadas, vivíamos en medio de la marginación y la pobreza. Entonces la guerrilla llegó haciéndole denuncias al Estado para que se diera cuenta de las condiciones tan malas en que nos tocaba vivir, en una región con riquezas abundantes y con todas esas propuestas y trabajo comunitario que ya habíamos puesto en marcha campesinas, campesinos e indígenas.

Igualmente, las guerrillas impulsaron un trabajo político por medio de reuniones y talleres, a algunos de las cuales nos tocaba asistir obligatoriamente. Aunque la guerrilla se presentaba en nuestras casas y pueblos portando armas o con la cara tapada, la mayoría de veces teníamos permitido dialogar con ellos, preguntarles y negarnos a sus solicitudes, por ejemplo, de darles comida o víveres, si no nos parecía correcto lo que nos pedían.

Las guerrillas buscaron dirimir algunos conflictos vecinales, y en muchos casos impusieron castigos, llamados de atención e incluso corrieron gente de la región por tener comportamientos que en esos años les ponían en riesgo o que no compartían, como tener relaciones con la fuerza pública, robar o consumir mucho alcohol. En zonas donde no había mecanismos legales para hacer justicia, ellas se adjudicaron ese derecho, a su manera y con sus propios mecanismos, y aunque algunas personas vieron con buenos ojos esas prácticas, generaron efectos muy graves como el desplazamiento forzado o los asesinatos.



Aunque las guerrillas operaban de esta forma, nunca fue en las dimensiones que veríamos años después. Fue por eso que una señora comentó que, en esos años, integrantes de las guerrillas “no eran tan carnívoros”. Y eso lo dijo porque por ahí a finales de los años ochenta, empezaron a mostrarse más como militares y a sembrar zozobra entre nosotros. O sea, para ese entonces nos empezamos a dar cuenta de que su principal interés ya no fue el trabajo político y la denuncia de las condiciones tan difíciles en las que vivía la gente, sino lo militar, la sospecha ante cualquier cosa que no compartieran, y el interés en algunas actividades económicas que les daban ganancias. Todo eso llevó a que numerosos habitantes, sobre todo de los pueblos y las ciudades del Catatumbo, sintieran poco a poco una distancia, miedo, y denunciaran públicamente muchas de las acciones de las guerrillas.

Especialmente nos acordamos de las tomas a poblados que hicieron el ELN, el EPL y las FARC, a veces en conjunto, en todos los municipios de la región. Además, empezaron a controlar y a vigilar todos los aspectos de nuestra vida cotidiana: sospechaban de lo que pasaba y de lo que decíamos, buscando supuestamente eliminar a cualquiera que consideraran no deseado o que tuviera cercanía con el Gobierno y con la fuerza pública. En esos años ocurrieron muchas muertes y desplazamientos de personas de la región que consideraron como sospechosas.

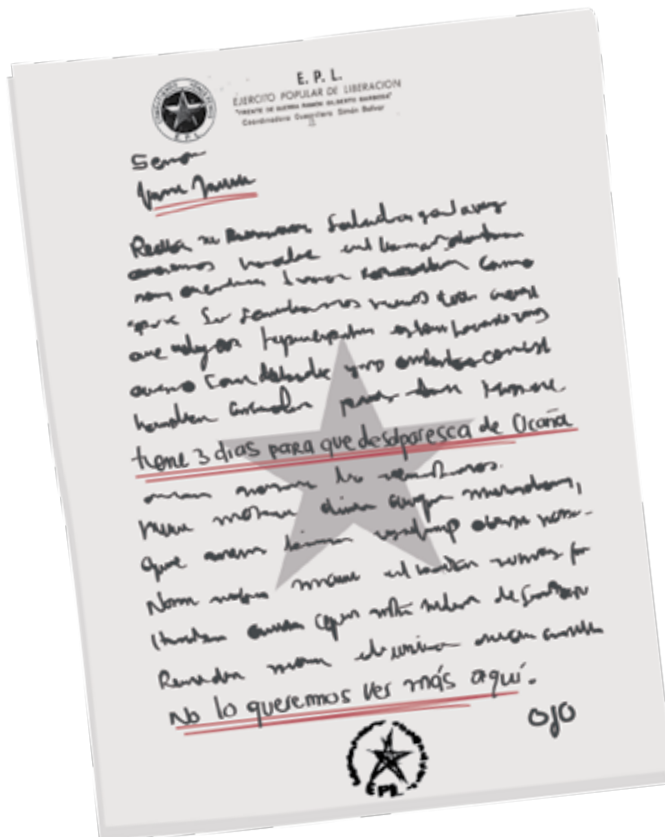


Ilustración basada en panfleto de amenaza del EPL a un habitante de Ocaña, que le obligaba a desplazarse.

Fuente: Asociación Minga.





Quienes no eran del Catatumbo tenían que entrar recomendados, y si uno tenía un familiar en el Ejército o la Policía, tenía vetada la entrada a la región. Eso también les pasó a diversos profesores, profesoras y otros profesionales, que muchas veces venían de afuera del Catatumbo o de otros municipios y casi siempre les tocó demostrarles que no tenían nada que ver con el conflicto entre grupos armados y únicamente venían a trabajar por la región. En esos años se dieron muchísimas violaciones a nuestros derechos a causa de ese accionar armado de las FARC, el ELN y el EPL.

A la vez que estos grupos armados iban consolidando su fuerza política y militar, buscaron reforzar su poder económico. Algunos y algunas notábamos que eso lo hacían principalmente por medio del secuestro con fines extorsivos, el cobro de cuotas y la regulación estricta de la coca, esto último en el caso de las FARC, pues en el corregimiento de La Gabarra (Tibú), su cultivo estaba en auge desde principios de los años noventa. Así lo contó un señor de San Calixto:

En esa época no existía el narcotráfico y acá en la zona del Catatumbo no había la implantación todavía de la mata [de coca]. Entonces, el EPL, la forma de conseguir recursos lo hacía por medio de extorsiones y de secuestros, esa era la forma de poderse mantener la organización.

Los secuestros y extorsiones se dispararon sobre todo a finales de los años noventa: entre 1982 y 2002, Ocaña fue el municipio en donde más se presentaron secuestros, seguido de El Carmen,



Tibú y Ábrego. El ELN fue la guerrilla que más recurrió a esa práctica durante esos veinte años, seguida del EPL.

Aunque en su mayoría se trataba de secuestros extorsivos, o sea que la persona secuestrada tenía que pagar por su rescate, el ELN cometió secuestros que, justificaba, tenían fines políticos, una práctica en la que la guerrilla hacía un “juicio político” relacionado con temas que consideraban que afectaban a la región, como la corrupción, y los aplicaba contra funcionarios, candidatos y líderes. Lamentablemente, en algunos casos estos hechos condujeron a la muerte de la persona plagiada. El EPL también justificó algunos secuestros como “juicios políticos”. En ocasiones, además, las guerrillas nos prohibieron ir a votar: recogían nuestras cédulas el día anterior a las elecciones o quemaban urnas o material electoral. Todo esto generó mucha tensión y zozobra en las zonas urbanas.

A partir de 1986, cuando empezó a funcionar el oleoducto que transporta crudo desde los campos en Caño Limón (localizados en Arauca) hasta el terminal de Coveñas (en Sucre), y que en el Catatumbo atraviesa los municipios de Sardinata, Tibú, El Tarra, Teorama, Convención y El Carmen, las guerrillas lo atacaron constantemente. Aunque no fue la única, el ELN fue responsable de la mayoría de ataques contra la infraestructura petrolera que existía en ese momento. Esto respondía a su política de reivindicación sobre la soberanía y defensa de los recursos mineros del país, una postura que fue abanderada inicialmente por el sindicato petrolero décadas atrás, pero que la guerrilla adoptó como causa propia en esta época.



La respuesta del Estado ante la presencia de las guerrillas fue fundamentalmente de tipo militar. Quienes vivimos en el Catatumbo reconocemos que estamos en una “zona roja”, definida así por la puesta en marcha de la política de lucha antiterrorista del Estado. Durante los años ochenta y noventa, nos dimos cuenta de que esa estrategia se expandió para incluir, además de las guerrillas como “enemigos internos” del Estado, a individuos, comunidades y procesos sociales de la región que fueron considerados “afines” o cercanos a los armados porque pensaban diferente o hacían propuestas alternativas.

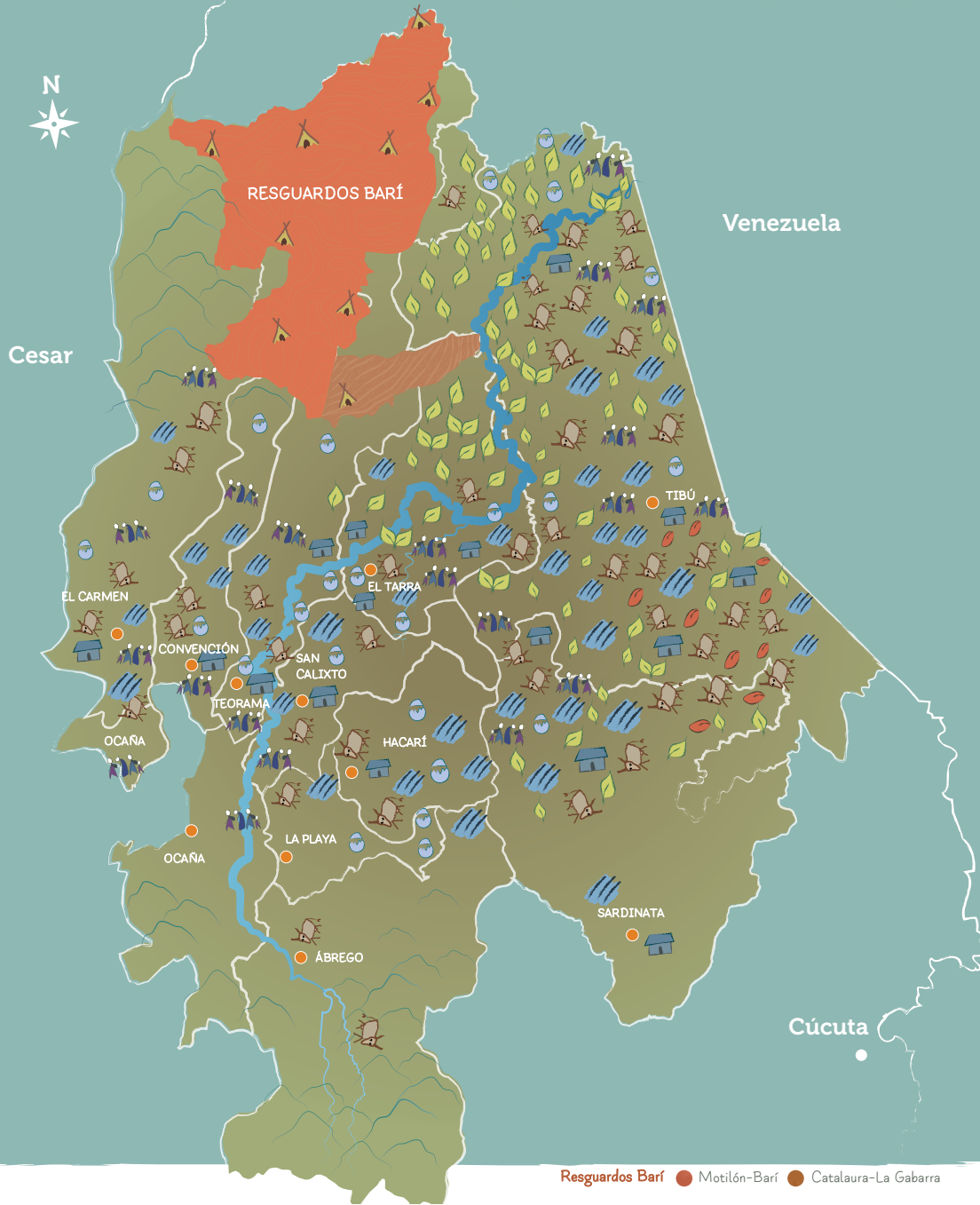
Esto ha producido un estigma sobre catatumberos y catatumberas y ha justificado muchas formas de violencia de miembros de la fuerza pública, que se agravaron en la década de los noventa,

como señalamientos, requisas constantes, allanamientos ilegales, destrucción de bienes, detenciones ilegales, tortura e incluso muerte y desaparición, en algunos casos tomando la forma de ejecuciones extrajudiciales, es decir, el asesinato de civiles para hacerlos pasar como guerrilleros dados de baja en combates. Esta práctica atroz, que salió a la luz pública en toda su dimensión en 2008, ha ocurrido en el Catatumbo desde los ochenta, aunque con diferencias en su magnitud.

Líderes, lideresas, docentes, sacerdotes, entre otros, fueron vistos con sospecha por soldados y policías que empezaron a hacer cada vez mayor presencia en nuestros barrios y veredas, en muchos casos echando por tierra los procesos o proyectos que abanderábamos y habíamos construido con tanto esfuerzo. Ese estigma que ha recaído sobre nosotros nos ha producido mucho dolor. Además, ha permitido más violencias, como la que nos impusieron con sevicia y terror los paramilitares a partir de 1999.







Resguardos Barí ● Motilón-Barí ● Catalaura-La Gabarra

## ¿Qué se producía entre 1999-2006?



Desplazamiento forzado



Robo de ganado



Siembra de palma



Abandono de casas



Abandono de tiendas comunitarias



Abandono de cultivos



Siembra de coca

Cambios del territorio durante periodo paramilitar.  
Fuente: ejercicios de cartografía social y entrevistas.



# PARAMILITARISMO: VIOLENCIA SIN PRECEDENTES

Entre 1999 y 2006, tres estructuras paramilitares de las AUC hicieron presencia en el Catatumbo: el Bloque Catatumbo, el Frente Héctor Julio Peinado Becerra y el Frente Resistencia Motilona. Aunque inicialmente no las conocimos con esos nombres, porque esos fueron los que usaron para su desmovilización, sí recordamos que durante los años que estuvieron en el Catatumbo padecimos una violencia sin precedentes que arrasó con lo que se encontró y, a muchos, casi nos arrebató la dignidad, dejándonos cicatrices que cargamos individual y colectivamente.

Para nosotros hay varias razones que ayudan a entender la entrada y las acciones de los paramilitares en nuestro territorio: acabar con la presencia guerrillera, consolidar un corredor estratégico que fuera desde Córdoba hasta la frontera con Venezuela,

controlar la economía de la coca, promover condiciones que favorecieran la explotación de recursos ambientales y aniquilar todo el proceso de organización y movilización social y comunitaria que los catatumberos y catatumberas habíamos levantado y puesto en marcha.

Aunque el paramilitarismo produjo transformaciones drásticas en nuestra vida en todo el Catatumbo, hubo diferencias importantes en las formas que usaron las tres estructuras armadas para entrar, copar y controlar el territorio y a quienes lo habitábamos. Una de ellas tiene que ver con las fechas en las que entraron y el tiempo que duraron ejerciendo control sobre el territorio. Por ejemplo, en 1992, varios grupos de autodefensa ya estaban instalados en el sur del Cesar, y poco a poco se fueron expandiendo hacia Ocaña y luego a otras zonas del Catatumbo, y que más tarde conformarían lo que hoy conocemos como el Frente Héctor Julio Peinado Becerra. Ese grupo, comandado por *Juancho Prada*, concentró sus acciones en Ocaña y los municipios del alto Catatumbo a partir de 2002, aproximadamente.

En cambio, el Bloque Catatumbo fue un ejército que llegó a la región en mayo de 1999 en camiones provenientes del departamento de Córdoba, siguiendo las órdenes de Carlos Castaño y bajo el mando de Salvatore Mancuso. La forma tan violenta como entraron a la región la llamamos *la arremetida paramilitar*: los hombres de Mancuso usaron las masacres como el medio para amedrentarnos e imponerse, empleando para ello todo el poder militar del que disponían en ese momento. Estas ocurrieron en el casco urbano de Tibú (17 de julio de 1999 y 6 de



abril del 2000), el corregimiento de La Gabarra (21 de agosto de 1999) y en muchos otros lugares y momentos, lo que produjo un altísimo desplazamiento forzado de la población y les permitió ubicarse en puntos de los municipios de Sardinata, Tibú, El Tarra y la zona media de Teorama. Tristemente, por esos días, nos empezamos a dar cuenta de que los paramilitares tuvieron el apoyo y actuaron con la complicidad de miembros de la fuerza pública, para entrar y perpetrar acciones como la masacre de La Gabarra, una de las más recordadas, donde se ha demostrado que participaron altos mandos militares.

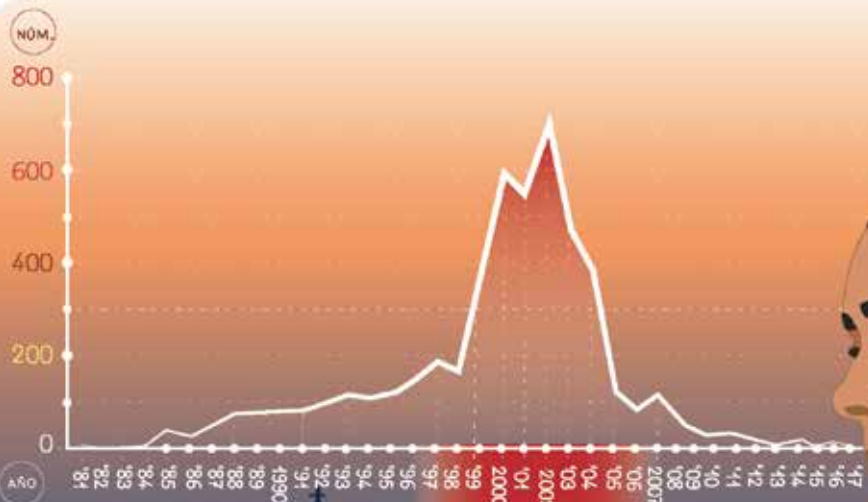
Por último, la gente de *Jorge 40*, o sea los paramilitares de lo que hoy se conoce como Frente Resistencia Motilona, se concentraron a partir de 2003, en la zona que colinda con el departamento del Cesar, pero de forma esporádica.

El paramilitarismo produjo desplazamiento forzado y arrasamiento en toda la región. Entre 1999 y 2006, los paramilitares cometieron más de 15 masacres; en menos de siete años, miles de personas tuvimos que abandonar nuestras cosas y nuestra tierra para poder salvaguardar nuestras vidas, una dinámica que no habíamos conocido antes; esa se volvió una constante durante esos años, como nos contó un señor de una vereda de Teorama:

Cuando ellos [los paramilitares] llegan allá, comienza la deserción de gente. ¡Virgen santísima! Veá, nosotros nos parábamos [después de dormir] y la mujer me decía: “Mire, todo el mundo se está yendo, otra camionetada de gente, otro trasteo, otra familia que se va”. Eso eran cuatro, cinco familias en el día que bajaban [hacia el casco urbano de Teorama].

Asimismo, durante los años de su permanencia en la región, los paramilitares cometieron muchísimos asesinatos, en la mayor parte de las veces, con sevicia. Las personas de los pueblos y de las veredas nos encontrábamos con uno, dos, tres cuerpos tirados en las carreteras cuando íbamos de un lado a otro, y también tuvimos que ver o escuchar, con impotencia, cómo torturaban y asesinaban a nuestros vecinos y familiares. Muchas personas fueron desaparecidas durante esos años, y todavía hoy seguimos sin saber del paradero de la mayoría de ellas. Cuando eso los ríos se volvieron una fosa: los bogas, las personas que pescábamos o pasábamos por ahí, veíamos cuerpos o pedazos de cuerpos arrojados, sin ninguna piedad, a las aguas de nuestros ríos.

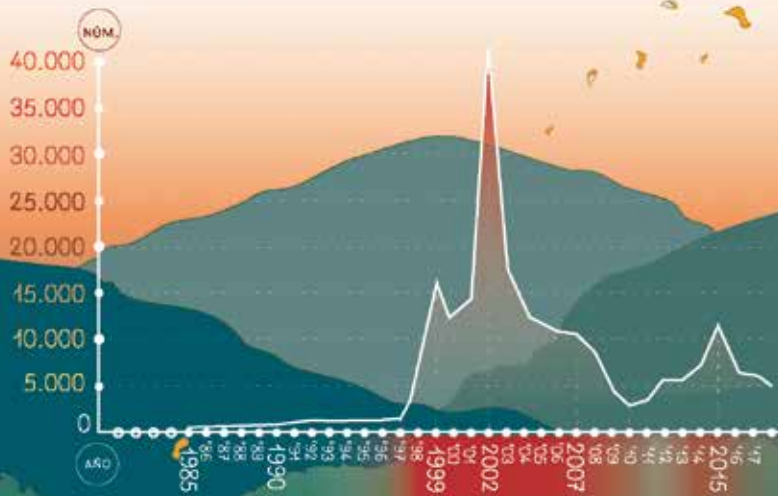
### Personas desplazadas en el Catatumbo



Fuente: CNMH - Observatorio de memoria y conflicto.  
Fecha de corte: 29 de mayo de 2018

Los paramilitares nos impusieron un control estricto en cada cosa que hacíamos o queríamos hacer, normas de comportamiento y maneras que eran permitidas o prohibidas para vestirnos y mostrar el cuerpo: en algunos pueblos no podíamos ponernos ropa roja porque supuestamente eso era apoyar a las guerrillas; en algunas partes, a las mujeres se nos prohibió usar ciertas prendas de vestir, como ombligueras; y a los hombres se les prohibió llevar el cabello largo. También, crearon una red de puntos de control, en caminos, calles, puertos del río, casas y lugares públicos donde nos requisaban, nos pedían la cédula, nos obligaban a hacer lo que quisieran y asesinaban personas en frente de nosotros.

## Víctimas de homicidio por todos los grupos armados



Fuente: UARIV – Red Nacional de Información, 2018.

Fecha de corte: 01 junio de 2018

Muchas mujeres de esta región fueron víctimas de violencia sexual y además tuvimos que soportar, con zozobra, sus malos tratos, sus “coqueteos” e irrespetos constantes. Nos veían como a un objeto que se podía usar y desechar, y en algunos municipios varias de ellas convivieron con ellos, en muchos casos a la fuerza.

Los paramilitares nos quitaron nuestras pertenencias, nos robaron nuestro ganado y mataron a las gallinas, los patos, los piscos que criábamos en nuestras casas y nos obligaron, en varias oportunidades, a vender nuestra tierra a muy bajo precio y a dejar botado todo lo que habíamos construido con tantísimo esfuerzo durante años. Querían arrebatarnos nuestra dignidad, acabar con todo lo que éramos y todo lo que habíamos conseguido. Hubo veredas y pueblos que quedaron completamente solos, como pueblos fantasmas, pues todo el mundo tuvo que desplazarse.

Cuando la gente se desplazó usó rutas y estrategias diferentes, no todos agarraron para el mismo lado: unos se fueron a las ciudades grandes, como Cúcuta, Bucaramanga y Ocaña; por esos años llegaron muchas personas de los pueblos del Catatumbo a rebuscarse la vida en las ciudades. Otras, sobre todo las que vivían cerca de la frontera con Venezuela, se fueron a ese país y una gran parte se quedó haciendo vida allá. Y otras nos internamos en el monte, en la selva, llegando incluso a territorio Barí.

Ese fue el caso de algunas comunidades de Convención y de Teorama que sabíamos que los paramilitares venían y, organizada y colectivamente, nos fuimos desplazando hasta llegar al resguardo Barí, donde fuimos acogidos solidariamente. Allá, negociamos con los caciques y se nos permitió permanecer



Casa abandonada y destruida durante el periodo de violencia paramilitar, cuando se dio un incremento en los fenómenos de desplazamiento forzado y abandono o despojo de predios.

por un tiempo cultivando, salvaguardando nuestras vidas y nuestras relaciones entre familiares y vecinos.

Ese fue un proceso organizado que logró poner en marcha a miles de personas que, por medio de los lazos que habíamos construido, y las relaciones de solidaridad con los Barí, logramos romper el cerco que nos habían impuesto los paramilitares para expulsarnos de nuestro propio territorio. Personas del corregimiento Luis Vero, en Sardinata, también se movieron colectivamente de manera preventiva hacia una zona del municipio de San Calixto donde no había presencia paramilitar todavía.



Quedarnos en nuestro territorio, para no dejar todo botado, nuestros sueños: esa era la fuerza que nos movía en esos momentos.

Y esta fue solo una de las muchas acciones que, durante esos años, emprendimos quienes nos quedamos para sobrevivir, para lidiar con semejante dolor y devolverles la dignidad a los vivos y a los muertos. Ante la sevicia y el terror generalizado, encontramos varias formas de resistir y enfrentar los embates de esa violencia.

Algunas personas lo hicieron acatando las reglas impuestas por los paramilitares, “comiendo callados”, como nos contó un señor, quien se reunía con sus vecinos de la JAC de su vereda, aunque a los paramilitares les decía que no era para eso y que la JAC ya no existía. Otras personas, en cambio, tuvieron el coraje de parársele a un paramilitar y exigirle el respeto por la vida de una persona, conocida del pueblo o de la vereda.

En numerosas ocasiones fue necesario ir a reclamarles a los paramilitares por los cuerpos de las víctimas o por alguien que habían desaparecido. Eso lo hicieron especialmente líderes de juntas, sacerdotes y religiosas, quienes nos prestaron escucha y acogida en esos momentos de tanto dolor e indignación. La Diócesis de Tibú organizó entre 2003 y 2006 los Viacrucis Diocesanos, que nos sirvieron como espacio para encontrarnos y dar un respiro entre todos; es que en un momento no tuvimos fuerza, ni siquiera, para realizar las festividades religiosas, como la de la Virgen de la Tablita en Campo Dos. A partir de 2006, distintas organizaciones pusieron en marcha el Festival por la Vida, buscando hacerle un contrapeso al dolor y a la desesperanza que parecía que se nos iba a instalar para siempre en la tierra y en el corazón.



También tuvimos el apoyo y acompañamiento de organizaciones y actores externos que, buscando visibilizar y frenar la violencia paramilitar, lideraron acciones humanitarias y de defensa de los derechos humanos, acompañamiento jurídico, denuncias y exigencias de atención ante el Estado.

Estas estructuras estuvieron en la región hasta 2004 y 2006, cuando se desmovilizaron. El 10 de diciembre de 2004, en una finca cercana a Campo Dos, lo hizo el Bloque Catatumbo, con 1435 miembros; en el primer trimestre de 2006, lo hicieron tanto el Frente Héctor Julio Peinado Becerra como el Frente Resistencia Motilona, con el conjunto del Bloque Norte.

Como la violencia paramilitar tuvo dimensiones desconocidas para nosotros, que transformaron profundamente todos los aspectos de nuestra vida individual y comunitaria, su salida nos permitió a muchos respirar, la vimos como un alivio. Aunque la violencia no cesó completamente, después de la desmovilización paramilitar quisimos entre todos trabajar para intentar reconstruir el tejido social y organizativo que nos fue arrasado, con miras a que una tragedia así nunca más se volviera a repetir.









# EL PASADO Y EL PRESENTE DE LA COCA

En el Catatumbo sabemos que el cultivo de la mata, como llamamos a la planta de coca, está en el centro del conflicto armado, pero también en el centro de la construcción de paz en esta parte del país.

La coca apareció en el Catatumbo a finales de la década de los ochenta, y su cultivo se concentró en el corregimiento de La Gabarra (Tibú). Poco a poco fue creciendo hasta que a mediados de los años noventa se vivió un *boom* de la mata y del dinero, sobre todo en ese corregimiento. Allá llegamos personas de todo el país a trabajar y a buscar el sustento por medio de la economía de la coca. Con el paso de los años, el cultivo se expandió al alto Catatumbo.

Aquí sostenemos que la coca creció tanto porque, aunque esta región era una despensa alimentaria, las condiciones de vida de la gente eran

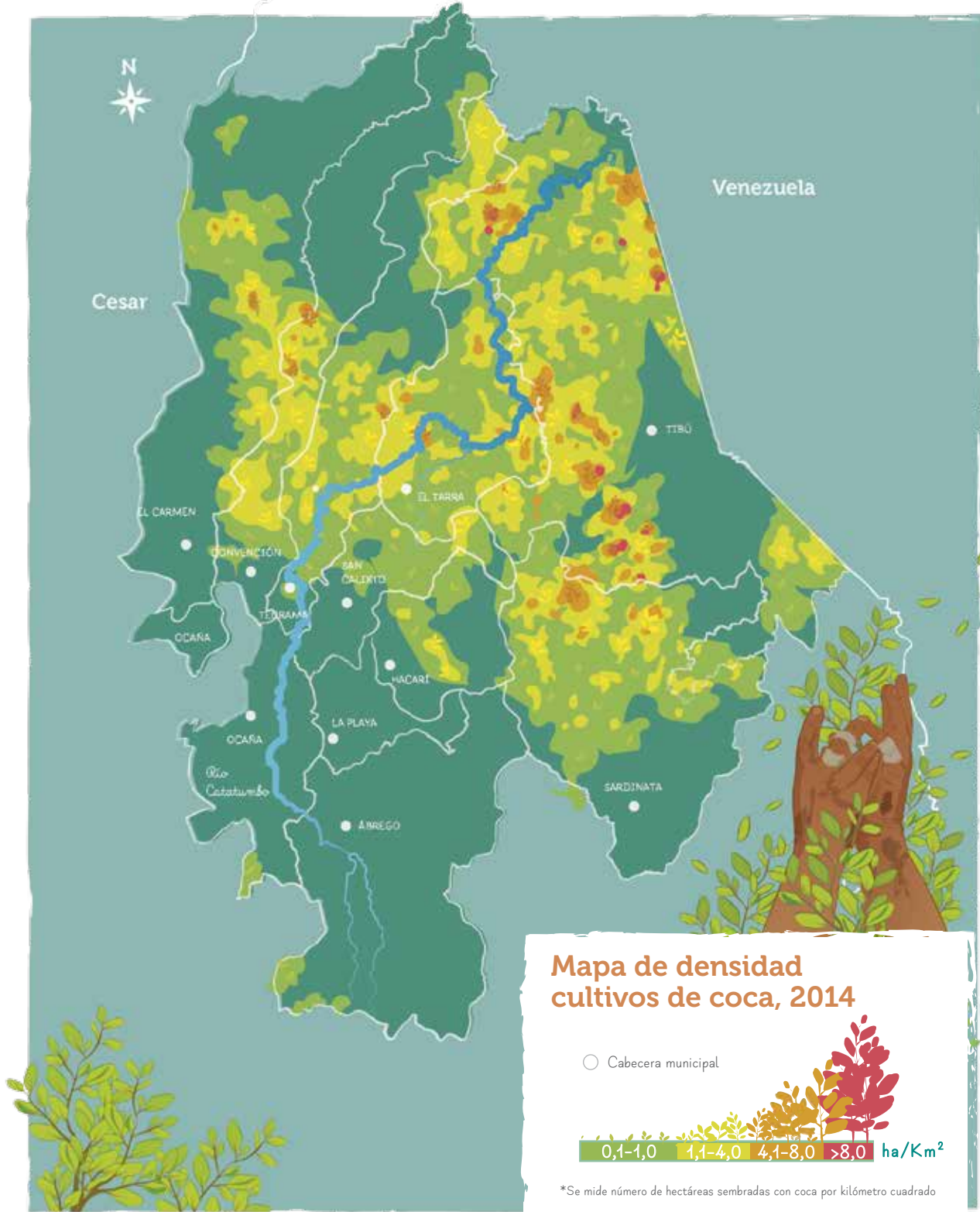
muy precarias, entonces para ellos era bastante desventajoso dedicarse únicamente a los cultivos de pancoger, comparado con las facilidades en la producción y comercialización que ofrecían el cultivo y procesamiento de la hoja de coca. Como lo recordó un profesor de La Gabarra:

Ya se sistematizó La Gabarra donde empezaron a sembrar estos cultivos y dijeron que era un producto el cual iba a generar muchas ganancias y era en corto plazo, y [las personas] veían la plata. Mientras que en los cultivos tradicionales lamentablemente era mucho tiempo y después que sembraban sus cultivos no tenían a quién venderlos. Y lo otro, no habían carreteras para sacar los productos para poderlos comercializar normalmente.

A los municipios del alto Catatumbo nos llegó la coca durante la primera década de los dos mil, aunque se expandió fuertemente a partir de 2008, y ha continuado creciendo desde entonces. No obstante, ya había quienes conocíamos el cultivo, pues nos íbamos solos o en familia a trabajar a las fincas coqueras en La Gabarra, y otros habían conocido la bonanza marimbera. A partir de la salida de los paramilitares, el cultivo se expandió por esta zona.

Esto sucedió, entre otras razones, porque como sostenemos en la zona alta, la coca se convirtió en la única opción para volver a habitar nuestra tierra después de los estragos del paramilitarismo. Para algunas personas, sembrar nuevamente la tierra, ahora con coca, nos ayudaba a permanecer en nuestro territorio viviendo en condiciones de dignidad.





Este mapa refleja que desde 2014 los cultivos de coca se han extendido por todo el Catatumbo y se han convertido en una dinámica regional. Fuente: datos del Ministerio de Justicia y Onudc.

### Como lo contó un habitante de Convención:

En el 2002, que fue la incursión paramilitar, había plantaciones de coca, pero muy bajas, un par de fincas, poquitas, poquitas hectáreas. Yo creo que entre el 2000 y el 2002 no habían más de 20, 30 hectáreas en ese sector [la zona norte del municipio de Convención]. Cuando le tocó a la gente desplazarse por la incursión paramilitar, y como después los paramilitares salen, la gente empieza a retornar después de haber perdido todo. (...) Al retornar esa gente a esos territorios y no tener con qué sobrevivir, ahí fue donde empezó el auge importante de la siembra de los cultivos de uso ilícito.

Para quienes la cultivamos, la hoja de coca es un cultivo como cualquier otro: tenemos que preparar la tierra, cuidar la planta de plagas y de condiciones climáticas desfavorables, abonarla. Una vez madura, la mata se raspa, una actividad que llevamos a cabo quienes la cultivamos o personas que trabajan en eso, llamados raspachines. Aquí en la región, sobre todo hombres jóvenes, laboran como raspachines desde muy temprana edad (12 o 13 años), porque en muchos casos es la única opción con la que cuentan para subsistir. Aunque algunas mujeres también raspamos, también nos emplean para cocinarles a los obreros en las fincas coqueras. Este es un trabajo muy pesado que empieza todos los días a las cuatro de la mañana. Luego de la raspa, la hoja se transforma, por medio de diferentes procesos químicos y utilizando gasolina, cemento, amoniaco, entre otros, en mercancía, la forma como le llamamos a la pasta base de cocaína, que después se convierte en cocaína.





Plantas de coca en distintos niveles de crecimiento.

A diferencia de lo que se cree afuera de las zonas donde se produce coca, este cultivo no nos enriquece, aunque sí nos deja mejores ganancias que cuando cultivamos, por ejemplo, yuca, plátano o maíz, productos que exigen mucho trabajo pero que nos pagan muy mal, cuando logramos sacarlos a los mercados. Además, a quienes cultivamos coca nos parece importante hacer la diferencia entre nuestra actividad y aquella que hacen los mafiosos, los narcotraficantes, los que compran la mercancía y la distribuyen en las grandes ciudades y en el exterior. Son ellos, y no quienes cultivamos la hoja, quienes se quedan con los mayores ingresos.

Tanto las guerrillas, principalmente las FARC, como los paramilitares, han jugado un papel importante en sostener y regular la coca en el Catatumbo. Durante los noventa, las FARC controlaron casi de manera exclusiva el cultivo y comercialización de la coca, hasta que a finales de la década entraron los paramilitares del Bloque Catatumbo, uno de cuyos objetivos era arrebatárles el negocio, como lo mencionó el mismo Mancuso, al punto que se convirtió en la principal fuente de financiación de esa estructura armada.

Como las guerrillas no desaparecieron del territorio durante el periodo paramilitar, en esos años se dio una fuerte disputa entre guerrillas y paramilitares por el control de la mata, y entre 2000 y 2004, las FARC cometieron 12 masacres en Tibú, de las cuales por los menos ocho, tuvieron que ver con la disputa por la coca que entablaron con los paramilitares. Los paracos, como les decíamos, instalaron puntos de control, estrictas reglas de venta, pago y recaudo y asesinaron a personas que, a su parecer, ponían en riesgo los beneficios que les dejaba la coca.

En esos años, el ELN y el EPL se mantuvieron relativamente distantes de esta disputa, hasta la salida de los paramilitares de la región, cuando estas dos guerrillas asumieron, poco a poco, mayor interés en la regulación de la coca; es el caso del ELN que, en ocasiones, prohibió su cultivo.

Muchas personas y organizaciones de la región vemos que la respuesta estatal a la coca ha sido muy poco efectiva y, en muchos casos, nos ha hecho más daño. Especialmente en el Catatumbo recordamos los efectos tan negativos de las fumigas, ese programa de aspersión aérea con glifosato que el Gobierno trajo a la región a partir de 2000. Junto con la erradicación forzada de la mata y con los programas de sustitución que han logrado sus objetivos de manera muy limitada en la región, esas políticas nos han empobrecido más y han puesto en riesgo nuestra vida y la riqueza de nuestras tierras. Como comentaba un campesino de San Calixto, las fumigas nos envenenaron.



Aspersión aérea con glifosato sobre las fincas campesinas del Catatumbo.

Es por eso que hemos tenido que movilizarnos, de muchas maneras y desde finales de los noventa, para encontrar una salida negociada y gradual para que podamos erradicar la mata sin quedarnos sin nuestro sustento. Una de esas movilizaciones más recientes fue el paro campesino de 2013, en el que se exigió al Gobierno, entre otras cosas, poner a andar un programa de sustitución gradual y concertada de los cultivos de coca que nos garantizara que no nos iban a quitar, de un día para otro, las matas que nos dan de comer a quienes las cultivamos y a la región en general.

Y es que quienes nos dedicamos a la coca reconocemos los cambios que ha traído a la región, y por eso muchos quisiéramos dejar de cultivarla: se han reducido los cultivos de pancoger; el uso de agroquímicos tanto para la planta cultivada, como para la transformación de las hojas en mercancía ha dañado la tierra y el agua; y numerosas personas han tumbado el bosque para cultivar más matas y obtener mejores ganancias. Por si fuera poco, reconocemos que la coca también ha cambiado de forma considerable la forma de relacionarnos los unos con los otros: muchos notamos que hay ambición económica en las personas y que eso produce desunión en los barrios y veredas, y algunos jóvenes ya no se imaginan la vida de otra forma si no es en el trabajo de la coca y con las ganancias económicas que eso les deja, por eso suelen abandonar el estudio.

Por este y otros motivos, hemos puesto a andar proyectos organizativos que buscan visibilizar las propuestas que catatumberos y catatumberas tenemos para administrar nuestro territorio, hacerles frente a los estragos que la marginación y la guerra nos han traído y apostarle a una vida con dignidad.













# PERSISTENCIAS, RECONFIGURACIONES Y DISPUTAS

Los años que le siguieron a la salida paramilitar no nos trajeron, para muchos de nosotros, la tranquilidad con la que soñábamos. El conflicto armado continuó vivo. En particular, durante esos años se dio una militarización sin precedentes en el Catatumbo: esa fue una de las formas del Estado para hacer presencia en la región. En el marco de la Política de Defensa y Seguridad Democrática, vimos que poco a poco aumentó el pie de fuerza y la capacidad militar.

Ante los desmanes de la militarización en nuestro territorio se presentaron denuncias. En muchos casos, el ejército se acantonó en escuelas y lugares públicos

(plazas, canchas) y nos puso en riesgo; además, los combates armados, con uso de la última tecnología militar, se volvieron una experiencia constante, sobre todo para quienes vivimos en el campo; los militares hicieron brigadas recreativas y de salud, construyeron vías y buscaron tener relaciones amorosas con personas de aquí, exponiéndonos al peligro. Es por eso que decimos que se militarizó nuestra vida cotidiana, y en algunos momentos miembros de la fuerza pública nos vieron con sospecha porque esta zona, todavía hoy, se considera “roja”. Nos sentíamos amenazados en nuestras propias casas y cuando transitábamos trochas y caminos, especialmente cuando lo hacíamos solos.

Una de las consecuencias más terribles que dejó la militarización en nuestro territorio fueron las ejecuciones extrajudiciales, mal llamadas falsos positivos, que tuvieron un repunte muy grande entre 2006 y 2008. Miembros del Ejército, en particular de la Brigada móvil número 15 ubicada en Ocaña, presentaron a campesinos habitantes de esta región como guerrilleros dados de baja en combate. Entonces, con sorpresa encendíamos el radio en los pueblos y veredas y oíamos que mi vecino, mi compadre, se encontraba en la morgue de Ocaña porque, supuestamente, había sido dado de baja en un combate con la guerrilla. Eso pasó en Teorama, El Carmen, Hacarí y Ocaña.

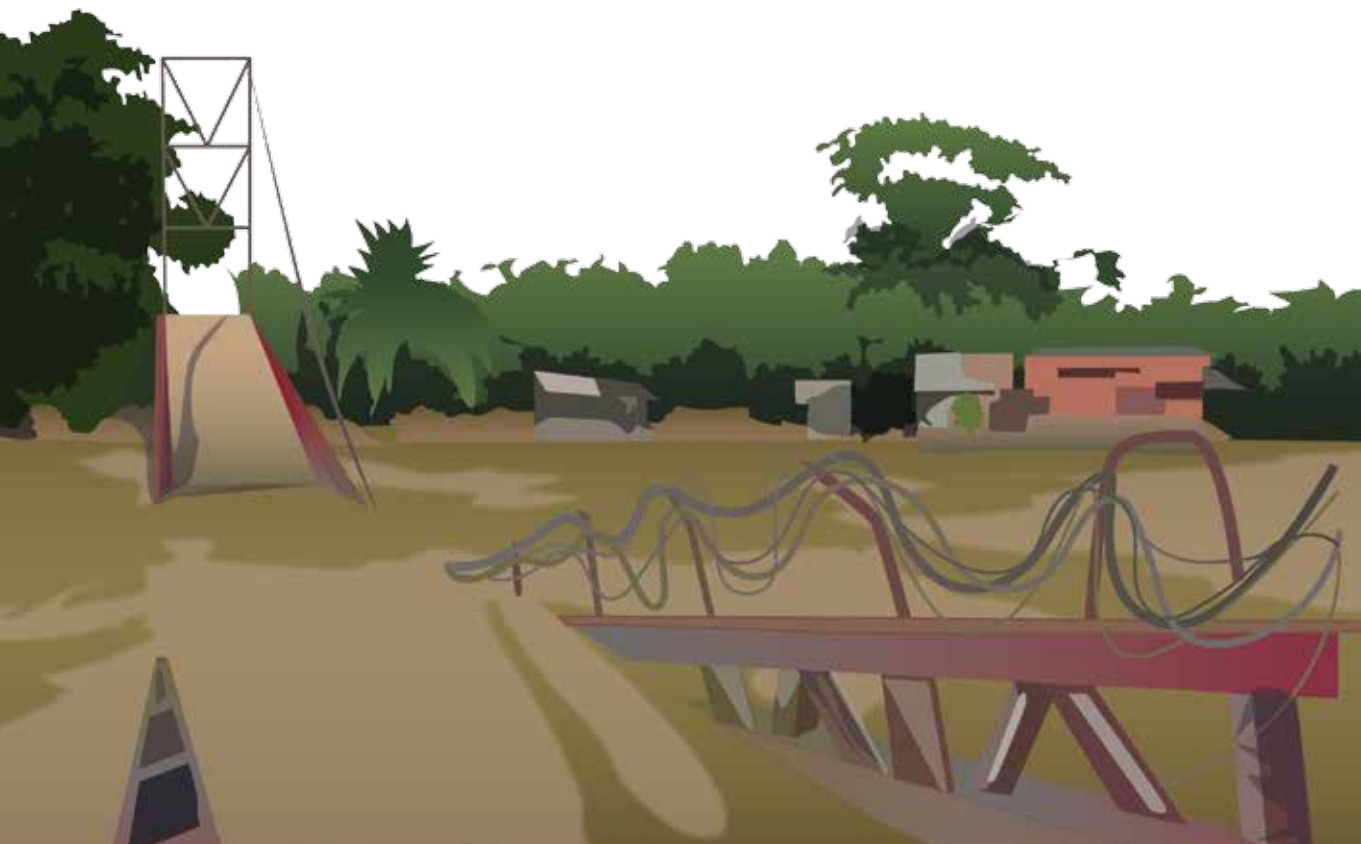
Ante semejante situación numerosas personas y organizaciones le exigieron al Ejército detener esa práctica, en audiencias públicas que se hicieron en El Tarra, Ocaña y en otros lugares. Fue hasta que se descubrió que miembros de la Brigada móvil número 15 habían pasado como guerrilleros dados de baja en la región a



jóvenes provenientes de Soacha, que empezó a conocerse de las dimensiones de las ejecuciones extrajudiciales.

Las guerrillas, que instaladas desde finales de los setenta y que no se fueron durante los años del paramilitarismo, sino que modificaron sus acciones, se fortalecieron militarmente y expandieron su presencia a todo el Catatumbo. En una misma zona, así como lo habíamos vivido en décadas pasadas, coexistían dos y hasta tres guerrillas.

Entre 2005 y 2013, las FARC, el ELN y el EPL combatieron con la fuerza pública y fortalecieron su capacidad militar. Nunca antes habíamos experimentado esta dinámica de las guerrillas. Eso se dio por medio de ofensivas, emboscadas, francotiradores, hostigamientos a las instalaciones militares y de policía, y ataques al oleoducto, a los puentes y torres de energía, como cuando en noviembre de 2010 nos volaron el puente de Campo Dos y nos afectaron porque no podíamos transportarnos ni salir a comprar alimentos. Fueron años en los que escuchábamos de forma permanente el rumbar de los aviones y los helicópteros que sobrevolaban nuestros pueblos y veredas, las ráfagas de fusil y los ataques contra la infraestructura.



En esos tiempos de fuerte disputa militar entre guerrillas y fuerza pública, aumentaron los desplazamientos y quienes se fueron, lo hicieron con el fin de salvaguardar sus vidas. Algunas personas abandonaron sus casas durante la noche, cuando más temor sentían de un hostigamiento, y otras se trasladaron a otros municipios donde no se sentían tan amenazados.

Las negociaciones entre el Gobierno y las FARC, a partir de 2012, empujaron al ELN y al EPL a moverse por la región, copando algunos espacios que antes estaban bajo el dominio de las FARC, como en Tibú, El Tarra y Sardinata. Eso contribuyó a que el EPL se fortaleciera militar y económicamente y se expandiera en el territorio, situación que hoy claramente nos preocupa.

Aunque reconocemos que la concentración y desmovilización de las FARC ha disminuido la dinámica del conflicto armado, y nos ha generado cierta tranquilidad y devuelto esperanzas, la existencia del ELN y la expansión del EPL, y las normas y castigos que nos imponen, son todavía obstáculos para la construcción de la paz en el Catatumbo, y ponen en riesgo los avances que hemos logrado.

A eso se suma la presencia de lo que en la región llamamos las bacrines, los Grupos Armados Posdesmovilización, estructuras que asociamos a los paramilitares porque algunos de sus líderes fueron mandos medios o excombatientes de los bloques que operaron en el Catatumbo. El departamento de Norte de Santander fue uno de los primeros donde se dieron a conocer esos grupos, cuyo interés es controlar las rentas ilegales del

narcotráfico, el contrabando y la extorsión. Grupos como Las Águilas Negras, Los Rastrojos y Los Urabeños, por mencionar tan solo algunos se han concentrado en las zonas urbanas y cercanas a la frontera con Venezuela, como Tibú, Ocaña y Cúcuta y su área metropolitana: Los Patios, Villa del Rosario, El Zulia, San Cayetano y Puerto Santander.

Aquí hemos aprendido que, aunque su objetivo es económico, también han generado violencia y nos han impuesto reglas de comportamiento y castigos. Eso ha ocurrido en Ocaña y en Cúcuta, donde por medio de amenazas y panfletos intimidan, asesinan y producen desplazamiento forzado. Las personas de sectores LGBT, por ejemplo, han estado en la mira, y a muchas les prohíben existir, las violentan y les obligan a irse de la ciudad porque ante sus ojos no son personas buenas.



Representación del control social impuesto por actores armados a las personas LGBT.  
Taller de memoria con personas de sectores LGBT, 2016.



En medio de este escenario de fuerte disputa por el territorio y de reacomodo de actores armados, hemos visto la puesta en marcha de un modelo agroindustrial y minero energético centrado en el monocultivo de palma aceitera, la exploración de carbón y la continuidad de la explotación petrolera. Creemos que este modelo pone en peligro nuestra existencia, en particular la del pueblo Barí, rompe nuestras relaciones con el territorio y saca las riquezas del Catatumbo y a nosotros no nos queda nada, o muy poco.

Pensamos que el crecimiento del cultivo de palma en el bajo Catatumbo fue facilitado por el robo, despojo y el arrasamiento que produjeron los paramilitares. En Tibú, por ejemplo, mucha gente tuvo que vender sus predios a precios muy bajos y tantos otros los dejaron abandonados para siempre, o sea que se cambió la estructura de la propiedad de la tierra en el municipio. Aunque numerosos pequeños propietarios cultivan palma, también llegaron grandes compradores, que aún hoy mantienen extensas plantaciones de palma.

En el caso del carbón y el petróleo, los Barí han denunciado que ciertas actividades de exploración y explotación se han realizado, o se planean, dentro del territorio de sus resguardos, por lo cual se han opuesto abiertamente a estas actividades, de hecho, se afectaría su existencia como pueblo ancestral.

Todo esto nos ha traído consecuencias negativas: se ha debilitado nuestra seguridad alimentaria: como se observa en el mapa, en las últimas décadas se ha transformado el uso que le damos a la tierra, y hemos dejado de ser una despensa agrícola.

En algunas oportunidades hemos perdido acceso a fuentes de agua; se han talado bosques para ampliar el cultivo de palma, y con ello se han afectado algunas especies de plantas y animales; algunas personas sienten presión para sembrar palma porque es el único cultivo que tiene asegurada toda la cadena de producción y comercialización; varios campesinos y campesinas sentimos que estos cambios contribuyen a que perdamos “el sentido de qué es ser campesino”, como lo expresó un líder comunal de Campo Dos, en Tibú; y los Barí han manifestado que los proyectos del petróleo y el carbón les ponen en riesgo de exterminio físico y cultural.

En medio de un conflicto armado que no termina y que nos ha dejado muchas cicatrices, las condiciones de pobreza y marginación que todavía se mantienen en amplias zonas, así como la serie de transformaciones en el uso de la tierra y sus efectos sobre quienes habitamos el Catatumbo, hemos puesto en marcha y fortalecido un tejido de organizaciones sociales que nos alienta a seguir buscando salidas a esos problemas que enfrentamos.

Las JAC continúan siendo el corazón de todo este proceso. Después del paramilitarismo, la mayoría desapareció, pero poco a poco fuimos reconstruyéndolas y hoy son el espacio de toma de decisiones de mayor importancia para nosotros, sobre todo en las zonas rurales; además, han sido escenarios donde han venido creciendo los liderazgos de mujeres y jóvenes.

En el Catatumbo existen cuatro organizaciones sociales presentes en toda la región y que tienen apuestas de carácter regional, o sea que se preocupan por mirar cómo se va a administrar y organizar



## ¿Qué se producía en 2016?

- |  |                 |  |                |  |        |  |         |  |       |
|--|-----------------|--|----------------|--|--------|--|---------|--|-------|
|  | Palma de aceite |  | Pesca          |  | Maíz   |  | Cebolla |  | Piña  |
|  | Petróleo        |  | Cría de peces- |  | Caña   |  | Yuca    |  | Arroz |
|  | Coca            |  | Ganadería      |  | Carbón |  | Plátano |  | Café  |
|  | Cacao           |  | Frijol         |  |        |  |         |  |       |

Mapa productivo de nuestra región en el periodo actual. Fuente: ejercicios de cartografía social y entrevistas.

el territorio: la organización ÑatubaiyiBarí, del pueblo Barí; Ascamcat (Asociación Campesina del Catatumbo); el Cisca (Comité de Integración Social del Catatumbo) y el MCP (Movimiento por la Constituyente Popular). Aunque hay puntos en los que tienen diferencias, estas asociaciones trabajan con la gente de resguardos, veredas y pueblos para pensar cómo gestionar y construir el territorio en donde vivimos, mantener nuestra historia y forma de ser indígena y campesina, evitar que los estragos del conflicto se repitan y garantizar nuestra vida digna en la región.

A la par, hemos logrado construir organizaciones de víctimas, de mujeres y de personas jóvenes que buscamos exigir nuestros derechos, hacerle frente a la pobreza y a las difíciles condiciones en las que vivimos y demandar mejores condiciones de vida al Estado y a los armados.

Todas estas organizaciones son muy importantes para nosotros porque son nuestra voz, el espacio para tomar decisiones, plantear nuestras quejas y nuestras propuestas; son una apuesta por construir la región que soñamos y en la que queremos vivir. Todo este tejido de organizaciones, demandas y propuestas es uno de los principales aportes que le hacemos a la construcción de la paz y a la superación de la violencia que nos ha tocado vivir. Como decimos aquí, “en esta región hay con qué”, y por eso es que pedimos que nuestras voces sean tenidas en cuenta, con respeto, para construir el presente y el futuro del Catatumbo.





📷 Monumento “Testigo en silencio”, construido por la Asociación de desplazados de la Provincia de Ocaña en el barrio Brisas del Polaco. Fotografía: Camilo Ara para el CNMH, 2016.







# REFLEXIONES FINALES Y RECOMENDACIONES

El trabajo de reconstrucción de memoria histórica sobre la violencia en nuestra región nos ha permitido elaborar las siguientes recomendaciones a las instituciones del Estado y a la sociedad en general. Buscan fortalecer la construcción de la paz en el Catatumbo y cerrar los ciclos de violencia que tanto daño nos han hecho y se reproducen de manera muy preocupante en el presente:

- Atender las condiciones básicas de existencia que todavía continúan siendo muy precarias en muchas zonas, en particular el acceso a servicios de salud, educación, vías y transporte, y que se den las posibilidades de comercializar en condiciones justas nuestros productos agropecuarios.
- Reconocer y darle voz a todo el tejido organizativo que hemos construido y revivido, porque en esos espacios catatumberos y catatumberas tomamos decisiones y planeamos nuestro presente y nuestro futuro.

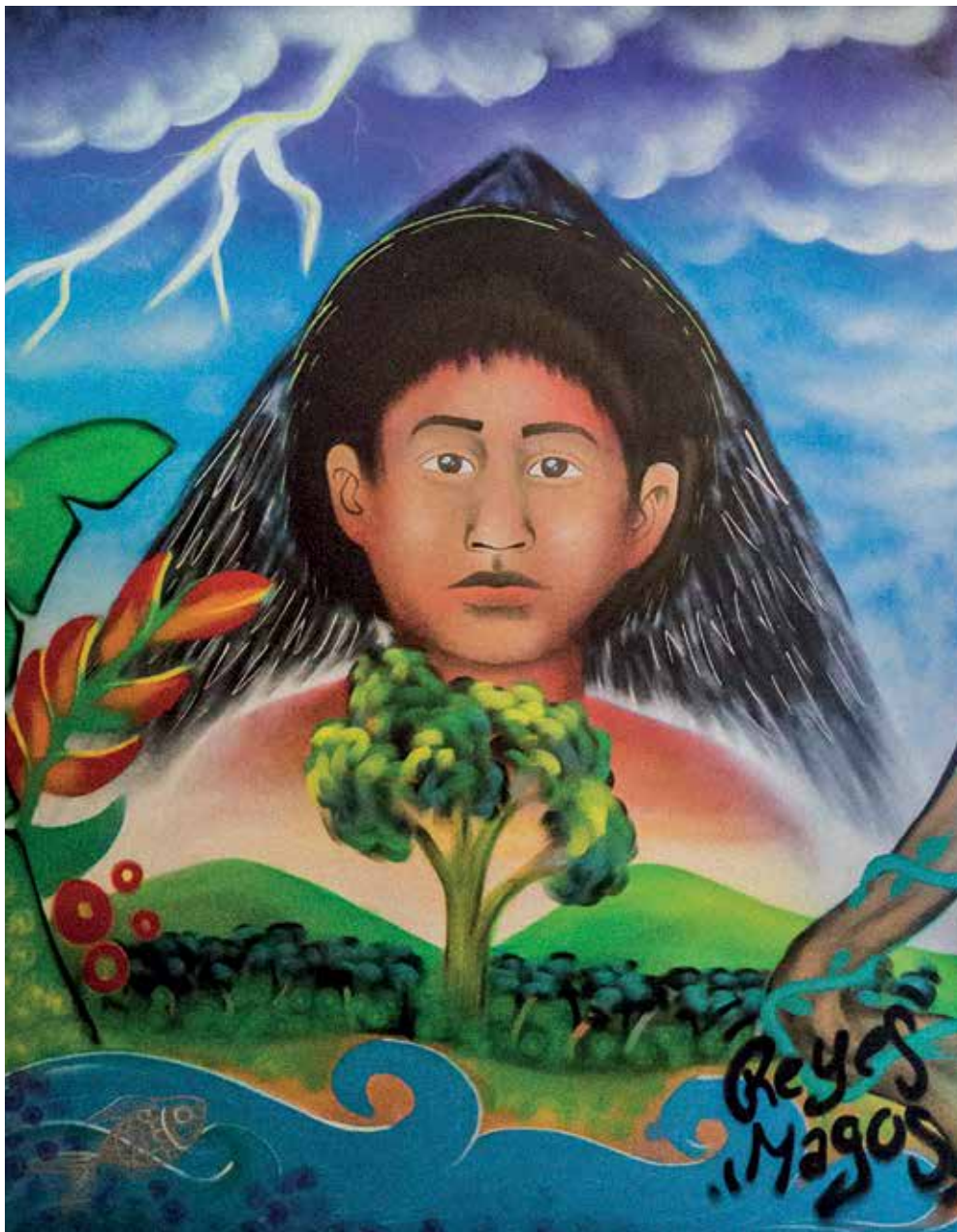
Creemos que órganos como las JAC y las organizaciones Barí deben ser reconocidas en la toma de decisiones acerca de nuestra región y se debe garantizar el ejercicio de su liderazgo.

- Emprender acciones que permitan borrar los estigmas que recaen sobre nuestra región y que, en tantas circunstancias, han justificado violencias contra nosotros. Este es un llamado que hacemos a la sociedad en general y a las instituciones del Estado en particular.
- Continuar los esfuerzos de construcción de paz, garantizando la continuidad del proceso de reinserción a la vida civil de excombatientes de las FARC y avanzando en las negociaciones de paz con el ELN. Es muy importante para nosotros, que se continúen desmantelando los grupos y redes criminales presentes en la región como las bacrim.
- Crear y fortalecer escenarios y mecanismos donde catatumberos y catatumberas podamos conocer y a la vez incidir en la implementación o continuidad de proyectos mineros y agroindustriales que se planeen.
- Continuar acompañando las solicitudes de reconocimiento y puesta en marcha de una Zona de Reserva Campesina y otras propuestas territoriales de campesinos y campesinas, y de saneamiento y ampliación del territorio Barí, de manera que se nos garanticen los derechos a la tierra y al territorio tanto a campesinos como a indígenas.

- Implementar políticas de erradicación de la mata de coca que sean concertadas con quienes la cultivamos y con las organizaciones sociales de la región, que tengan en cuenta nuestras propuestas y nos garanticen nuestra sostenibilidad económica en el mediano y largo plazos.
- Continuar desarrollando y apoyando procesos, grupos e iniciativas de construcción de memoria histórica que se centren en las víctimas del conflicto armado, que debe estar enmarcado en nuestro derecho a conocer lo que pasó, sus responsables y a la reparación. Para eso, vemos muy importante que las FARC reconozcan que violaron nuestros derechos, y que se continúe trabajando en esclarecer las relaciones que permitieron que se diera la arremetida paramilitar y la tragedia que nos provocó en el Catatumbo.







📷 Jóvenes del Catatumbo construyen su región. Grafitis elaborados por el grupo de rap Reyes Magos, de El Tarra, en el marco de la exposición "Catatumbo: memorias de vida y dignidad", en la Fiesta del Libro de Cúcuta, 2017. Fotografías de Juan S. Sanabria para el CNMH.









# REFERENCIAS

Ministerio de Justicia y del Derecho, Observatorio de Drogas de Colombia, Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito, Sistema Integrado de Monitoreo de Cultivos Ilícitos (2016a), *Atlas de la caracterización regional de la problemática asociada a las drogas ilícitas en el departamento de Norte de Santander*, Bogotá, MinJusticia, ODC, Unodc, Simci.

2016b, *Caracterización regional de la problemática asociada a las drogas ilícitas en el departamento de Norte de Santander*, Bogotá, MinJusticia, ODC, Unodc, Simci.

Ñatubaiyibará-CNMH (2018), *Comunicación personal*, Bogotá, Convenio Ñatubaiyibará-CNMH.

(2017b), *Segundo producto: documento de línea de tiempo de afectaciones por el conflicto armado en las comunidades y territorios del resguardo Motilón Barí, con énfasis en las luchas y resistencias del pueblo Barí*. Bogotá, Convenio Ñatubaiyibará-CNMH.

(2017a), *Primer producto: documento diseño de línea de tiempo y afectaciones desde la noción de tiempo para los Barí*, Bogotá, Convenio Ñatubaiyibará-CNMH.

(2016b), *Segundo recorrido y encuentro de memoria histórica con el pueblo Barí. Núcleo 3*, Bogotá, Convenio Ñatubaiyibará-CNMH.

(2016a), *Informe final de trabajo*, Bogotá, Convenio Ñatubaiyibará-CNMH.

Uariv (s. f.), Red Nacional de Información. Disponible en: <http://www.unidadvictimas.gov.co/es/direccion-de-registro-y-gestion-de-la-informacion/red-nacional-de-informacion-rni/37825>

Unodc (2017), *Monitoreo de territorios afectados por cultivos ilícitos 2016*, Bogotá, Unodc, República de Colombia.

Unodc, (2003), *Censo de coca en diciembre de 2002 & estimado inter-censal en Julio de 2003*, Bogotá, Unodc.

Vega, Renán, Núñez, Luz Ángela y Pereira, Alexander (2009a), *Petróleo y protesta obrera, la USO y los trabajadores petroleros en Colombia. En tiempos de la Tropical*, Bogotá, USO, Corporación Aury Sara Marrugo y ABV-FGTB.

Vega, Renán, Núñez, Luz Ángela y Pereira, Alexander (2009b), *Petróleo y protesta obrera, la USO y los trabajadores petroleros en Colombia. En tiempos de Ecopetrol*, Bogotá, USO, Corporación Aury Sara Marrugo y ABV-FGTB.

## **CNMH - Trabajo de campo**

### **Talleres por tipos específicos de violencia**

Taller de memoria, víctimas de violencia sexual, bajo Catatumbo, Cúcuta, 2016.

Taller de memoria con mujeres víctimas de desplazamiento forzado, Cúcuta, 2016.

## Talleres sectoriales

Taller de memoria con mujeres alto y medio Catatumbo, Ocaña, 2016.

Taller de memoria con sacerdotes de la Diócesis de Tibú, 2016.

Taller de memoria con personas de sectores LGBT, 2016.

Taller de memoria con adolescentes y jóvenes, Tibú, 2016.

Taller de memoria con docentes, Tibú, 2016.

Taller de memoria con personeros, Ocaña, 2016.

Conversatorio “Escenarios de memoria: aportes de diversos actores y territorios para la construcción de paz”, Trigésima Brigada del Ejército Nacional, Cúcuta, julio de 2016.

## Bases de datos

Archivo Asociación Minga

CNMH-Observatorio de Memoria y Conflicto Armado

Catatumbo es hoy el eje en torno al cual se entrecruzan los más diversos conflictos internos y, en términos humanitarios, uno de los puntos más sensibles de las zonas fronterizas en América Latina. Es metafóricamente, para utilizar el nombre que le dieron los indígenas Barí, la "región del trueno".

Una compleja convergencia de conflictos armados, sociales y fronterizos entrelazados han convertido al Catatumbo en una zona en ebullición y turbulencia. Es una realidad social, política y bélica que perturba y que interpela.

Pero no todo en ella es negativo, como lo muestra este informe de Memoria Histórica: el Catatumbo es también ejemplo de solidaridades y de resistencias comunitarias.

Al informe Catatumbo: Memorias de vida y dignidad, construido con la Diócesis de Tibú, y las múltiples voces de la región, incluidas las del Pueblo Barí, se le suman los esfuerzos de instituciones nacionales y de cooperación internacional, comprometidas con la memoria y la paz en la región y en el país. Un trabajo mancomunado tejido con la convicción de que una mejor comprensión del conflicto nos permite evitar la estigmatización de la región y de sus habitantes, y buscar con elementos objetivos y de interpretación aportados por sus propias gentes, miradas integrales para superar todas las violencias cruzadas.

Gonzalo Sánchez Gómez  
Director General del Centro Nacional  
de Memoria Histórica

ISBN: 978-958-5500-28-0



**GOBIERNO  
DE COLOMBIA**



**PROSPERIDAD SOCIAL**



**Centro Nacional  
de Memoria Histórica**

